

Fuera, en el jardín, los trabajadores de la empresa que ha venido a instalar la carpa están atornillando un marco de aluminio sobre el césped. Se gritan los unos a los otros y se gastan bromas, arrojándose tornillos y abrazaderas con gestos teatrales a través de la hierba, salpicada de florecillas, que queda bajo el árbol. Es un árbol viejo, más alto que la casa y en otoño sus frutos se revientan cuando caen al suelo. Supongo que deberíamos haberlo cortado. Los hombres parecen felices. A lo mejor es porque trabajan en una constante atmósfera de excitación prefestiva. Puede que el ambiente de celebración haya acabado penetrando dentro de ellos. El secreto de una buena vida: montar carpas.

Hay más gente ahí fuera. Los del catering, un mensajero... Todos ellos preparando el gran acontecimiento. Miranda ha salido a buscar algo: lazos, o flores, o tarjetitas para indicar el lugar donde debe sentarse cada uno. Por una vez, ha dicho, quería que *yo* fuera el centro de atención. Sabía que a mí no me iba a parecer bien, pero quería darle a todo el mundo la oportunidad de desearme un feliz cincuenta cumpleaños. A todo el mundo, pienso. ¿A todo el mundo? En realidad son sus amigos, pero sé que lo dijo con la mejor intención. Y al final empecé a aguardar con expectación el día de mi fiesta. Durante mucho tiempo, más de la mitad de mi vida por así decir, he tratado de evitar las reuniones multitudinarias. Se ha convertido en algo instintivo, parte de mi personalidad. Sin embargo, a lo largo de los últimos años he empezado a bajar un poco la guardia. Algo que a mi karma (como diría Miranda, aunque no tenga ningún sentido) no parece haberle sentado muy bien.

---

Aparto la vista de la ventana. La visita de Miles ha transmutado mi despacho. Es como si su llegada hubiera colocado la estancia entre paréntesis. El escritorio de roble encenagado de hojas de cálculo e informes, los estantes de libros. Incluso el archivador gris y descascarillado ha adquirido una apariencia más provisional, menos sólida. Tengo la impresión de que los preparativos para la fiesta que se desarrollan en el exterior, y que sin duda alguna ocupan el centro de la mente de Miranda, están ocurriendo en una pantalla de televisión, que son una escena de uno de esos dramas de sobremesa en los que unos acomodados habitantes de barrio residencial experimentan alguna pequeña y tópica conmoción en sus vidas, ya sea un idilio o un asesinato misterioso.

Los obreros están extendiendo una lona blanca junto al marco de metal. Yo permanezco inmóvil, para no alterar la atmósfera de la habitación, el marco de la vida que he llevado en su interior. Miranda no tardará en volver. ¿Qué le voy a decir? ¿Qué puedo decirle?

Voces en el recibidor. Pero no son ni de Miranda ni de Sam, no todavía. Abro la puerta del despacho y me encuentro con dos chicos engominados que van cargados con el equipo de música. Me preguntan dónde va y me escucho a mí mismo darles explicaciones, imprimiendo a mi tono de voz una cadencia alegre. *Mein Host*, el cumpleaños, cuya máscara aún permanece más o menos intacta bajo la presión.

Tengo que ser claro. Ya se ha acabado todo. Todo esto, la casa, mi familia, esta ridícula fiesta, ya no existen. Pero aunque lo haya aceptado eso no significa que sepa qué hacer a continuación, e incluso aunque decida no hacer nada, los acontecimientos seguirán su curso y muy pronto, en días o incluso en horas, mi vida aquí habrá terminado. En la sala de estar hay una foto de Miranda que tomé un fin de semana durante un frío paseo por la costa de Norfolk. Está de pie, de espaldas a la cámara, contemplando el mar.

La luz da de frente al objetivo y ella es poco más que una silueta: grandes botas, hombros estrechos envueltos en un chal o alguna otra cosa étnica, el cabello ondeando al viento. Por algún motivo ésa es la imagen de ella que me viene a la mente: la Miranda frágil y romántica, no la organizadora de desayunos de trabajo, la galardonada con varios premios de la cámara de comercio, la Miranda de los últimos años. Una ola está a punto de arrastrarla. Con ella vendrá la policía, quizá también la prensa. ¿Cómo lo sobrellevará? Me gustaría poder ser optimista, pero Miranda no es alguien que lleve bien los aspectos impredecibles de este mundo. Siempre ha luchado concienzudamente contra el azar, utilizando todas las armas disponibles en las papelerías: un pequeño arsenal de agendas, dietarios y cuadros organizadores colgados de la pared y llenos de estrellitas de colores. Pobre Miranda, ni todos los Post-its del mundo podrían protegerte de lo que está a punto de ocurrirte. Te va a pillar completamente desprevenida.

Las escaleras crujen bajo mis pies cuando subo al dormitorio. Tengo que agachar la cabeza para atravesar la puerta. Nunca he conseguido ver el aspecto pintoresco de los techos bajos y los pasillos estrechos de estas casitas de campo con techo de paja, al menos no muy claramente. Están hechos a la medida de la escasa estatura de unos habitantes mal nutridos de otros tiempos; una arquitectura hija de la penuria y las privaciones. Por supuesto, a Miranda no se lo he dicho nunca. A ella le gustan las paredes irregulares y los suelos que crujen. Yo creo que le gustaría olvidar que ha nacido en una sociedad industrial. A mí no, o al menos no de la misma manera. Ese tipo de autoengaño nunca me ha convencido. Para empezar porque es totalmente incoherente. Una vida campestre, pero con agua corriente, telecomunicaciones y antibióticos. Una fantasía de ricos.

Pero ésta es nuestra casa, o más bien la casa de Miranda, la casa que me ha permitido compartir y que siem-

pre ha querido que yo amara como ella lo hace. Me doy cuenta de que tengo los puños apretados, y estoy plantado en mitad de la habitación contemplando el empapelado William Morris y los cojines de *patchwork* del sillón. Sobre nuestra cama, colgado de una viga de roble, hay un atrapa-sueños. Pego un tirón de él y rompo la cuerda. Hacía tanto tiempo que quería hacerlo. Qué cosa tan absurda y fuera de lugar. Nuestra casa está repleta de objetos de ese tipo: cachivaches artesanales, tribales o espirituales que se supone que sirven para ponernos en contacto con ese futuro de armonía agraria con el que sueña Miranda. Tenemos muñecas de maíz y viejas botellas de cristal y láminas de hierbas medicinales con citas caligrafiadas de Culpeper al pie: «Sólo por afán de lucro te engañan, y te dicen que es una especie de lágrima, o algo similar, lo que cae de las amapolas cuando llueve». Ésa está al lado del baño. Culpeper es *natural*, y lo *natural* es la bandera que Miranda esgrime frente al mundo, su estandarte de justicia y verdad.

¿Por qué hago esto, por qué rompo sus cosas? No es culpa suya. Ha trabajado duro para conseguir la vida que quería. Ha intentado ser una buena persona. Y me ha querido. Sé qué es lo que va a ser lo más terrible. La expresión de su cara cuando el abismo se vaya abriendo poco a poco a sus pies. Todo lo que ha conocido o ha creído sobre mí, su amante, su compañero durante dieciséis años, el hombre que ha sido el padrastro de su hija, es falso. O al menos, si no falso —he intentado no contar mentiras innecesarias—, es parcial, incompleto.

No me lo puedo creer. *Parcial, incompleto*. Si hasta me estoy mintiendo a mí mismo. No podría ser peor de lo que es; si ni siquiera conoce mi verdadero nombre.

Tengo el intestino suelto. Me encierro en el baño, entre los manojos de lavanda, las toallas de mano bordadas y las filas de botellitas reciclables de los productos de Bountessence. Bountessence es la más alta expresión del idilio que mantiene Miranda con la naturaleza. Bountessence

---

es Miranda, aunque en público lo seamos los dos, ya que en teoría yo me dedico a realizar indefinidas labores administrativas y de vez en cuando escolto a la jefa a algún acontecimiento social o alguna cena en la zona de West Sussex. Soy una especie de Denis con su propia Margaret Thatcher. Michael Frame y Miranda Martin de Bountessence Natural Beautycare.

Es curioso. Esas palabras que no me dicen nada. No consigo sentir ninguna relación con ellas, ni con la pareja que representan. No son más que sonidos. Desde que me convertí en Michael Frame, hace ya tantos años, mi mente ha vivido encogida. Cuando era un niño tenía terrores nocturnos. No eran exactamente sueños, sino más bien imágenes semiinconscientes que adoptaban forma narrativa, como si fueran escenas de películas. En una de las situaciones recurrentes que se me presentaban, me veía a mí mismo encogido en un hueco bajo las planchas del suelo, conteniendo el aliento mientras los soldados alemanes registraban el ático en el que me escondía. Escuchaba el estrépito de sus botas y una voz gutural que ladraba órdenes. Cuando me imaginaba esas cosas, permanecía acostado y rígido bajo las mantas, mientras la sangre bombeaba en mi cabeza, con todo mi cerebro concentrado en el esfuerzo de no hacer ningún ruido. Creo que cuando entré en la clandestinidad aquellos terrores nocturnos colonizaron mi vida diurna. Evitar que me descubrieran ha consumido toda mi energía, me ha vaciado de toda sensación de identidad. Nada de lo que ha ocurrido durante todo este tiempo me ha parecido real.

Aunque mañana Mike Frame cumplirá cincuenta años, cinco semanas después de haberlos cumplido yo. Esta vida, la vida de Michael Frame, ha llegado a su término. Esto es todo lo que ha dado de sí.

Tiro de la cadena y me lavo las manos en el lavabo, intentando no mirarme al espejo. ¿Qué pasará con Miranda? ¿Tendrá que mudarse? Le ha dedicado tanto es-

fuerzo a esta casa... Si tiene mucha suerte puede que la dejen tranquila. A lo mejor, lo que hice no resulta tan trascendente para el resto del mundo. A lo mejor termina con nosotros dos. O a lo mejor encuentra una manera de poder seguir creyendo que lo que ha existido entre nosotros es auténtico. Aunque había cosas que no sabía, también había otras que sí conocía, cosas importantes y reales. Podría decirle eso. Podría decirle, *Quizá algún día logres entenderlo y encuentres consuelo*. Pero ¿me creería yo algo así? Me temo que no. ¿Y ella? No lo sé. Porque no sé si todo eso de la comprensión y el consuelo es verdad. Y no estoy seguro de que en realidad hubiera nada entre nosotros.

Miranda debe de estar a punto de volver. Le ha permitido a Sam que la lleve a comprar en el que fue el regalo de su decimonoveno cumpleaños, un Fiesta de segunda mano. Todo un acto de fe por parte de Miranda: es una pasajera muy nerviosa y Sam se ha sacado el carnet hace sólo unas semanas.

El dormitorio de Sam está tal y como lo dejó a principios del trimestre escolar: la ordenada fila de zapatos frente al armario, el montón de peluches infantiles encima de la cama. Una habitación ordenada y bastante convencional. Sólo la mochila y el discman que hay tirados en la cama indican que, a pesar de la discusión que tuvimos la semana pasada, ha venido de la universidad para la fiesta de «Mike se convierte oficialmente en viejo». No puedo ni imaginarme cómo le va a afectar todo esto: el circo mediático, la traición a su confianza. No descarto del todo la posibilidad de que no le dé ninguna importancia. Es una chica práctica y tiene unas ideas asombrosamente claras sobre el mundo para alguien de diecinueve años, al menos, en comparación con la gente de mi generación. Lo que está claro es que Sam no es la típica estudiante de Derecho interesada en deshacer injusticias o luchar por los débiles. Dice que quiere «dedicarse al derecho empresarial» porque ahí es donde está el dinero. Y creo, también, que porque sa-

be que así nos escandaliza a su madre y a mí. La pequeña Sam y sus embarazosos padres hippies; a estas alturas «Soma» no debe aparecer ni siquiera en su pasaporte. No nos permite que la llamemos así desde hace años.

Mierda. No puedo hacerlo. No puedo enfrentarme a ti, Sam. Es imposible.

A toda velocidad, empiezo a abrir armarios, saco una bolsa de deporte y me pongo a llenarla de calcetines, ropa interior, un par de camisas. Tengo que hacerlo rápido, antes de que vuelvan de comprar. Mi pasaporte está en el despacho, guardado en una caja. O al menos eso creo. Cuando voy a mirar veo que no está y por primera vez desde la partida de Miles pierdo el control. Cuando sufres un ataque de pánico se te olvida respirar y tus pulsaciones se aceleran. Lo sé, y me lo digo a mí mismo; pero todo se precipita y antes de darme cuenta estoy arrojando papeles al suelo, sacando cajones y sollozando de rabia y frustración. Oigo el motor de un coche, ahí fuera, y me quedo paralizado, pero no son ellas, sino uno de los obreros que vienen a levantar la carpa. Finalmente localizo el pasaporte sobre un estante. *Frame. Michael David. Ciudadano británico. 10 Abril 48.* Lo de «ciudadano británico» es lo único que es verdad.

Cinco minutos más tarde estoy montado en el BMW plateado de Miranda, camino de la incorporación a la autovía de circunvalación. Salgo de la ciudad y bordeo la costa hasta Newhaven, sin parar de mirar de manera obsesiva por el retrovisor para comprobar que no me sigue nadie. Al principio me preocupa un Sierra azul, pero desaparece tras unos semáforos. Estoy tan ocupado vigilándolo que casi me choco contra el coche que va delante de mí cuando éste reduce la velocidad para girar.

¿Qué es lo que me inquieta? A estas alturas Sam y Miranda habrán vuelto a casa. No tardarán mucho en darse cuenta de que me he ido. Ya no puedo salvar nada. Cuando llego al puerto me dirijo a la terminal de ferris y aparco el BMW entre coches atestados de equipaje y ni-

ños revoltosos en espera de ser trasladados al otro lado del canal para pasar las vacaciones. Sólo admito ante mí mismo adónde me dirijo cuando me sumo a la cola para sacar el billete.